

con el melodrama y el sentimentalismo popular de principios de siglo) quien es mejor recordado por *The Man from Glengarry* (El hombre de Glengarry) y *Glengarry School Days* (Días de Escuela en Glengarry). Una contemporánea suya fue Lucy Maud Montgomery, quien se lanzó a la carrera en 1908 con *Anne of Green Gables* (Anna de Green Gables), historia sentimental sobre una chica huérfana en la Isla del Príncipe Eduardo. La serie de libros sobre Anne todavía se lee ampliamente, especialmente en Japón, donde tienen un atractivo impresionante.

Pero fue Stephen Leacock quien se convirtió en nuestro primer autor aclamado internacionalmente con la publicación de *Literary Lapses* (Lapsos Literarios) en 1910. Allí se mostró como un sucesor valioso del estilo de Mark Twain. Cuando Prosiguió con *Sketches of a Little Town* (Notas sobre un Pueblito), en 1912, se confirmó la promesa de su primer libro, y rápidamente tuvo un amplio público para todos sus libros subsecuentes. Por ese tiempo en que Leacock hizo su debut, Robert Service comenzó a publicar sus Baladas del Klondike, y mientras la pedantería lo calificaba de mera verificación, no cabía duda de la popularidad que tenían *The Shooting of Dan McGrew* (El Disparo de Dan McGrew) y sus otros poemas.

Durante la Primera Guerra Mundial no se produjeron muchas obras canadienses memorables, pero dos hechos significativos de los años veinte ayudaron a ponernos en el mapa. El primero ocurrió en 1927, cuando Mazo de la Roche, de Toronto, ganó el primer premio de novela de *Atlantic Monthly* de 10 000 dólares, con *Jalna*. De esta siguió con una larga serie de novelas de *Jalna*, que atrajeron la atención internacional.

El otro incidente unió a Canadá con el amplio mundo de las letras, quizá por primera vez. Morley Callaghan fue a París en 1929 a ver a su antiguo colega del *Toronto Star*, Ernest Hemingway, quien lo había ayudado a publicar historias cortas. Callaghan no era el único canadiense expatriado entre la multitud parisina (John Glassco, el poeta de Montreal también estaba allí) y su participación con Hemingway y Scott Fitzgerald es material para leyendas. Su primera novela *Strange Fugitive* (Extraño Fugitivo) se publicó en 1928; más de 50 años después aún seguía escribiendo con el mismo vigor.

Dos escritores que trabajaban en los años treinta merecen mención, al menos por una extraña similitud. Ambos trataron de conciliar su identidad real y lo siguieron. Frederick Philip Grove, cuyas novelas se leen hoy ampliamente sólo en las escuelas, inventó un ambiente de fondo exótico para sí mismo, y no fue sino hasta 25 años después de su muerte que fue identificado al fin como Felix Paul Greve, nacido en Alemania. El otro exponente fue, por supuesto, Grey Owl (Búho Gris), cuyos libros sobre la naturaleza lograron gran éxito, especialmente en Inglaterra. No fue sino hasta su muerte que se descubrió que no era un indio, sino un inglés, Archy Belaney.

La primera novela de Hugh MacLennan, *Barometer Rising* (Barómetro de Subida), sobre la desastrosa explosión de Halifax en 1917, apareció en 1941, y el hecho de que otro talento importante había surgido, se confirmó con *Two Solitudes* (Dos Soledades) en 1945. MacLennan, a diferencia de Callaghan, ha hecho un uso vivo del paisaje y el clima canadiense en sus novelas, y a menudo, Montreal es tratada casi como otro personaje.



Hubo una era dorada después de la Segunda Guerra Mundial, cuando tanto McLennan como Callaghan seguían activos, hicieron su aparición escritores nuevos tales como Hugh Carner, W.O. Mitchell, Ernest Buchler y Ethel Wilson. Esto condujo al año de la bifurcación de 1960, cuando la escritora desconocida llamada Margaret Laurence publicó una primera novela llamada *This Side Jordan* (A este Lado del Jordán) basada en sus experiencias en Africa. Nadie podría haber predicho entonces el impacto impresionante que tendría su carrera subsecuente en las letras canadienses. Más aún, su novela de algunos años después *The Stone Angel* (El Angel de Piedra) fue escogida hace poco por un jurado nacional de académicos como la primera de las diez mejores novelas canadienses de todos los tiempos. (El hecho de que tal práctica se haya llevado a cabo dice algo acerca del avance del arte del novelismo. Los académicos hicieron incluso una lista de las 100 novelas más importantes; muchos canadienses no sabían que hubiesen tantas.)

El surgimiento de Laurence fue también importante por otra razón. Marcó el comienzo de un fenómeno que aún continúa, el dominio de nuestra literatura por mujeres escritoras. Por alguna razón, la mayoría de nuestros mejores escritores en el Canadá angloparlante de la última década han sido mujeres: Margaret Atwood, Alice Munro, Marian Engel, Sylvia Fraser y otras. En el Canadá francófono los escritores hombres son más notorios, pero hay suficientes mujeres como para establecer un paralelo con el Canadá de lengua inglesa: Gabrielle Roy, Marie-Claire Blais, Anne Hébert, Diane Ciguère, Monique Bosco.

El primer libro de Pierre Berton, una historia sobre la Familia Real publicada en 1954, lo lanzó a una de las carreras más prolíficas y de éxito comercial en la literatura canadiense no ficticia. En los próximos 24 años Berton publicó 24 libros, muchos de ellos efímeras colecciones de periodismo, pero los mejores de ellos dieron a los canadienses un poderoso sentido de su historia y su nacionalidad.

En la poesía en inglés, el surgimiento de E.J. Pratt en los años veinte, significó un importante desarrollo. Un experto en el poema narrativo largo, ahora un poco pasado de moda, Pratt tomó específicamente temas canadienses, por ejemplo, la construcción del ferrocarril Canadian Pacific, o el martirio de los jesuitas, y de ellos formó épicas memorables.

(Continuará en una futura edición)